



LA GESTA DE LEÓNIDAS

La batalla de las Termópilas

Durante tres días unos 7.000 griegos frenaron en el paso de las Termópilas el arrollador avance del ejército persa. El sacrificio de su jefe, Leónidas, y de su guardia de espartanos salvó la independencia de Grecia

ANTONIO PENADÉS

PROFESOR DEL INSTITUTO VALENCIANO
DE ESTUDIOS CLÁSICOS Y ORIENTALES

En la primavera del año 480 a.C., el rey Jerjes avanzaba en dirección a Atenas con el mayor ejército terrestre reunido hasta entonces y con una impresionante flota. Su objetivo no era otro que vengar las afrentas sufridas en el año 499 a.C. en Sardes —ciudad de la satrapía persa de Lidia saqueada por los griegos de Jonia— y en la batalla de Maratón nueve años después, durante el reinado de su padre Darío I. El soberano persa se proponía, de paso, convertir a los indómitos ciudadanos helenos en sus vasallos. Ante esa difícil situación, el rey Leónidas de Esparta decidió entregar su vida y la de los trescientos miembros de su guardia personal con el objetivo de frenar al ejército invasor en el paso de las Termópilas, la puerta natural de entrada a la Grecia central.



EL REY LEÓNIDAS espera junto a sus hombres en el desfiladero de las Termópilas la llegada de los invasores persas. Óleo por Jacques-Louis David. 1814. Museo del Louvre, París.

ESCENA DE COMBATE (en la página anterior) entre un hoplita griego y un jinete persa, en la decoración de un kylix (copa de vino) ático de figuras rojas. 460 a.C.



SANTUARIO DE DELFOS, con una vista del teatro del siglo IV a.C. El oráculo de Delfos vaticinó a unos enviados espartanos que Grecia sólo se salvaría de la invasión persa con la muerte de un rey de Esparta: Leónidas.

ALPIX

Leónidas no estaba destinado a reinar, pero el suicidio de su hermanastro Cleómenes y la muerte de su hermano Dorieo le elevaron a la máxima dignidad en Esparta

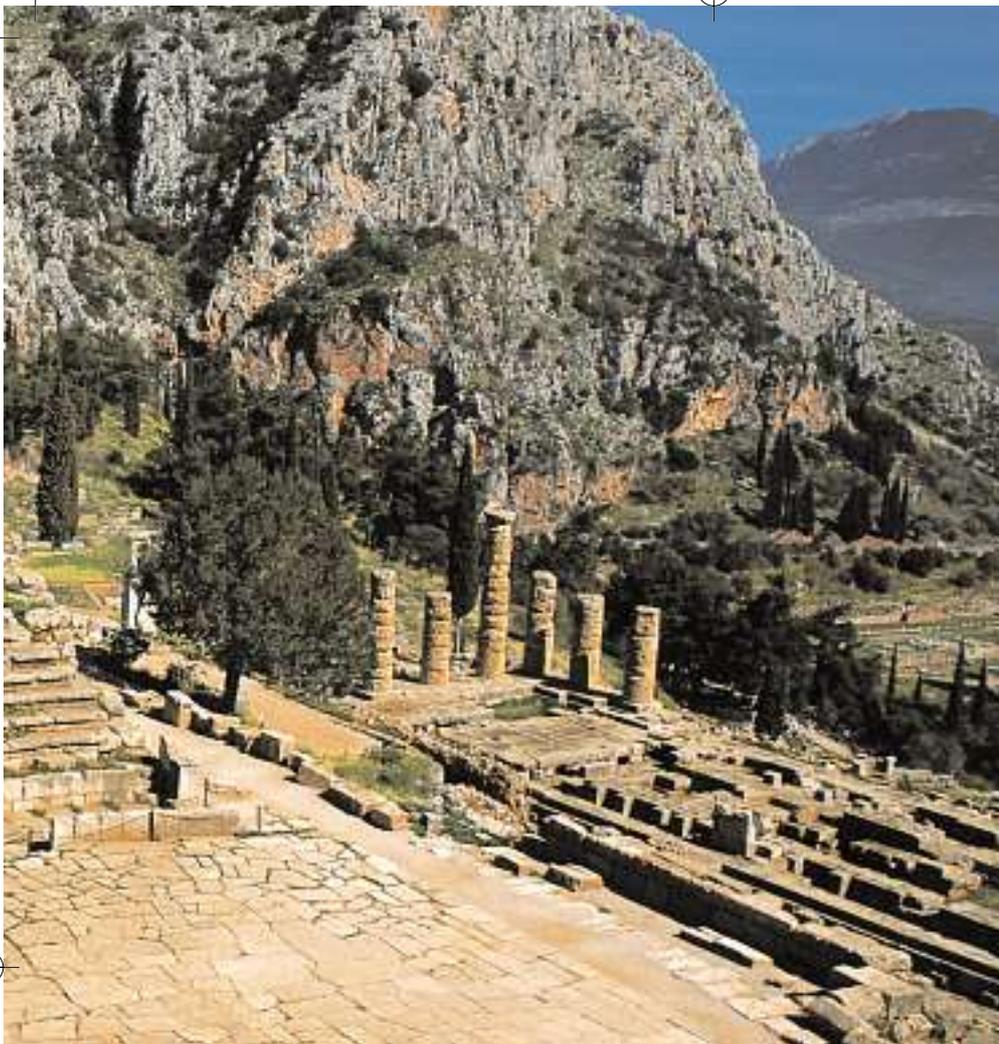
Acerca de la vida de Leónidas anterior a los preparativos de aquella batalla disponemos de muy poca información. Como siempre que hablamos de la antigua Esparta debemos acudir a los testimonios de cinco grandes autores no espartanos: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Aristóteles y Plutarco. Este último escribió una *Vida de Leónidas* que formaba parte de una serie de biografías de importantes figuras históricas, pero es una de sus pocas obras que no han llegado hasta nuestros días.

UN REY DE ESPARTA ATÍPICO

En Esparta existía un peculiar sistema de la diarquía, en el que dos reyes reinaban en común. Leónidas pertenecía a una de las dinastías reinantes, pero él mismo no estaba destinado a llegar al trono. Cuando nació ocupaba el tercer lugar en la línea sucesoria. Su padre, Anaxándridas, reinó en Esparta entre 560 y 520 a.C. y tuvo dos esposas a la vez, una situación insólita en la Grecia arcaica. Sucedió, en efecto, que su primera mujer, hija de una hermana suya, no le brindaba descendencia,

pero Anaxándridas se negó a repudiarla porque la amaba apasionadamente. Ante esa situación, los éforos o magistrados de la ciudad y los gerontes, miembros del Consejo de ancianos, permitieron que el rey contrajera un segundo matrimonio y que mantuviera dos hogares distintos: el peligro de que se extinguiera la dinastía agiada justificaba esa autorización para practicar la bigamia.

La nueva esposa de Anaxándridas le dio un único hijo varón, Cleómenes, mientras que la primera mujer, que supuestamente era estéril, concibió de forma inesperada muy poco después a tres niños: Dorieo, Leónidas y Cleómbroto. Cuando pasaron los años y el rey murió, Dorieo se mostró confiado en ser elegido su sucesor. Reunía una magnífica preparación y era hijo de la esposa preferida de su padre; además, su hermanastro Cleómenes había mostrado poseer un carácter desequilibrado, lo que parecía incapacitarle para el trono. Sin embargo, las instituciones espartanas antepusieron la primogenitura a todos los demás factores. Así, Dorieo recha-



zó la idea de servir a Cleómenes y optó por abandonar la ciudad junto a un grupo de insignes espartiatas. Después de recorrer el Mediterráneo oriental fundó una colonia en Sicilia y terminó sus días en una de las constantes luchas entre ciudades de la isla.

Cuando el inestable Cleómenes se suicidó, en 489 a.C., hacía poco tiempo que Dorieo había muerto, por lo que Leónidas fue proclamado rey: no sólo era el familiar masculino más cercano a Cleómenes, sino que su matrimonio con la hija de éste, Gorgo, reforzaba su condición de heredero. Leónidas, que rondaba ya la cincuentena, no debió empezar a pensar en alcanzar tal dignidad hasta muy poco antes, ya que por delante de él estuvieron siempre su hermano Dorieo y los hijos que Cleómenes pudiera tener —dado que éste en cualquier momento habría podido cambiar a su esposa por otra más joven—. Por lo tanto, Leónidas dedicó su infancia y juventud a participar como uno más en la *agogé*, el ciclo formativo que seguían todos los hijos de espartiatas a excepción de los príncipes he-

rederos de las dos casas reales gobernantes. Es más que probable que esta circunstancia le ayudara a conformar un carácter carente de altivez y que, una vez alcanzado el trono, fuera capaz de mantener una singular cercanía con los integrantes de su ejército.

HACIA UNA MUERTE SEGURA

Uno de los rasgos que distinguía a la sociedad lacedemonia era la religión. Incluso Heródoto, un hombre de profundas convicciones religiosas, se mostraba sorprendido por la extrema piedad que los espartanos mostraban hacia los dioses. Se trataba de un factor que a menudo mermaba la operatividad de sus tropas. Un claro ejemplo de ello se produjo en el verano de 490 a.C., cuando el ejército lacedemonio atendió demasiado tarde la llamada de Atenas para participar en la batalla de Maratón porque resultaba impío interrumpir las fiestas dedicadas a Apolo Carneio.

Diez años más tarde, cuando las noticias acerca de la magnitud del ejército que Jerjes I estaba dirigiendo contra Grecia empezaban

Guerra por la libertad

Agosto de 480 a.C.

Siete mil guerreros griegos son enviados a las Termópilas para frenar a los persas.

20 de agosto

Los persas, con 180.000 infantes, 60.000 jinetes y 700 naves, llegan a las Termópilas.

27 de agosto

Eu lugareño indica al rey persas un paso para coger por sorpresa a los griegos.

28 de agosto

Leónidas ordena a los aliados marchar y lucha hasta la muerte con sus 300 espartanos.

23 de septiembre

Tiene lugar la batalla de Salamina. Los persas pierden el control sobre el Egeo.

LEÓNIDAS. ESCULTURA ERIGIDA EN EL PASO DE LAS TERMOPILAS.



MAURITIUS

La defensa de la puerta de Grecia

1. EL DESFILADERO

El paso de las Termópilas, ceñido entre una sierra intrasitable y el mar, tenía 1.300 m de longitud y una anchura de 15-30 m.

2. MURO FOCENSE

Construido por los focenses para defenderse de los tesalios, fue reconstruido por las tropas de Leónidas a su llegada.

3. BASE GRIEGA

Los griegos se instalaron en una posición elevada al pie del monte Calidromo, aproximadamente en el medio del paso.

LOS GRIEGOS

Efectivos terrestres: 7.000 soldados en total. De ellos: 300 espartanos, 1.000 periecos, 4.000 peloponesios, 400 tebanos, 700 tespios, 1.000 focideos y locros opuntios.

Efectivos navales: 300 naves de diversas ciudades.

Bajas: 4.000 según el historiador Heródoto.

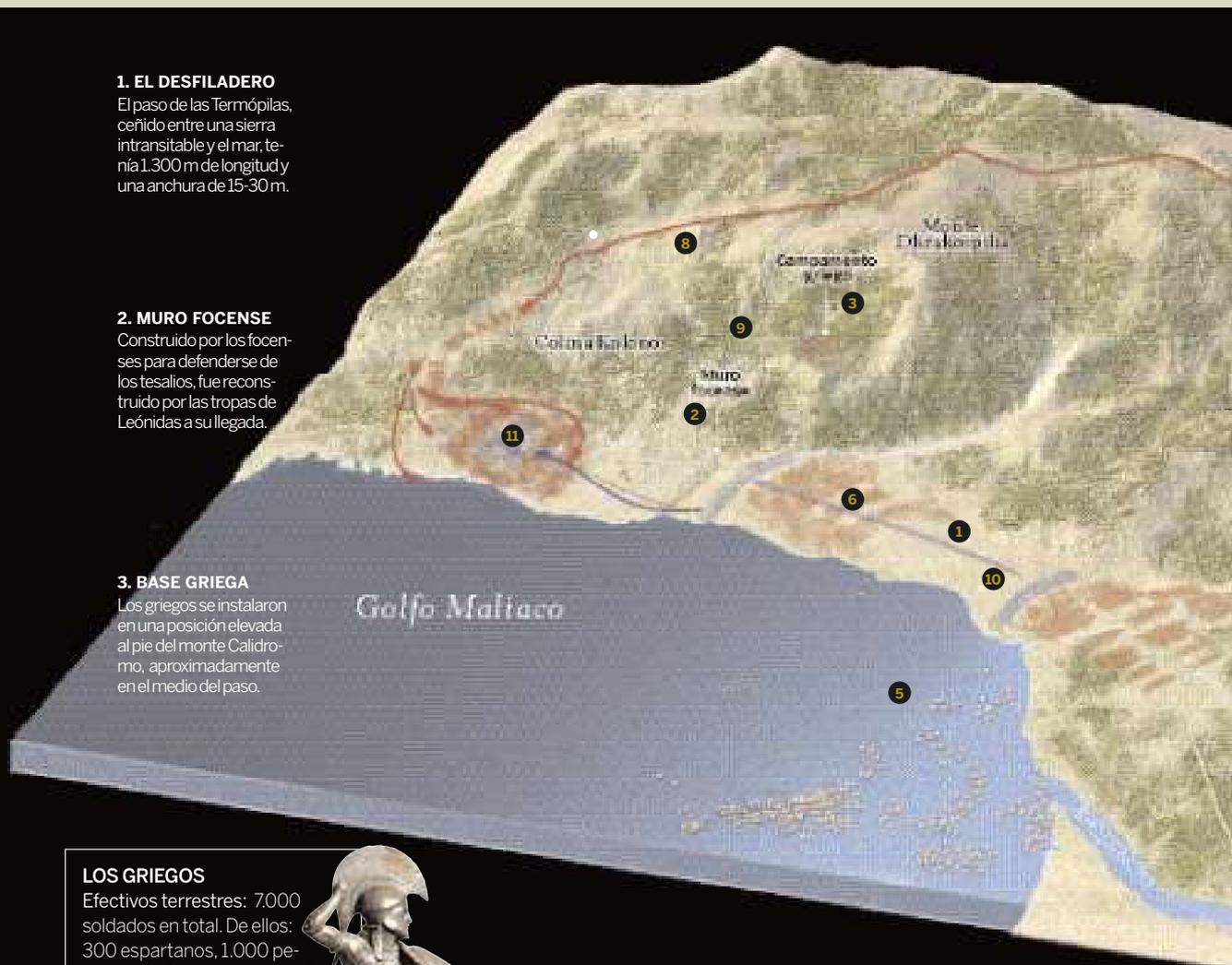


4. BASE PERSA

Jerjes llegó a las Termópilas el 20 de agosto y ordenó instalar su campamento a la entrada del desfiladero.

5. FLOTA PERSA

La llegada de la armada persa se demoró a causa de un temporal. Jerjes esperó tres días y ordenó el ataque contra los griegos.



EL SACRIFICIO de los cuatro mil combatientes griegos comandados por Leónidas en la batalla de las Termópilas, aunque en último término no frenó el avance enemigo, resultó decisivo para la suerte de toda la campaña de los persas en Grecia. En cuanto Leónidas y los suyos cayeron, la potente flota griega que se había enfrentado a los persas en aguas del cabo Artemision se replegó hacia el sur. Así los griegos no sólo consiguieron romper la necesaria interrelación entre las fuerzas terrestres y marítimas de Jerjes, sino que hicieron que la flota asiática quedara expuesta a las tormentas estivales. Sin aquel duro menoscabo físico y moral, la flota y el ejército de Jerjes no habrían podido ser vencidos poco después en Salamina, el 29 de septiembre de 480 a.C. –donde la armada persa fue derrotada gracias al genio estratégico de Temístocles– y en Platea, en agosto de 479, victoria definitiva de la infantería griega.



6. LA EMBOSCADA

El día 26 los griegos se lanzan al ataque y fingen una retirada que les permite tender una cruenta emboscada a los persas.

7. LA TRAICIÓN

El día 27 un pastor melieo llamado Efiates revela a los persas la existencia de un camino que rodeaba el desfiladero.

8. ATAQUE PERSA

En la madrugada del día 28 la guardia persa de Inmortales avanza por la senda Anopea para sorprender a los griegos.

9. RETIRADA ALIADA

Por la mañana del día 28 Leónidas ordena retirarse a la mayoría de las tropas aliadas para resistir con los espartanos.

10. MUERE LEÓNIDAS

Leónidas y los que habían jurado luchar hasta la muerte efectúan una salida desesperada en la que muere el rey espartano.

11. COMBATE FINAL

El último contingente espartano sucumbió bajo una lluvia de flechas de los persas, que habían cruzado el muro focense.



PERSAS:
 Efectivos terrestres: 180.000 infantes y 60.000 jinetes. Según Heródoto, el total de combatientes persas fue de 2.000.000.
 Efectivos navales: 700 naves (según Heródoto, 3.000, con 517.000 combatientes).
 Bajas: 20.000 según el historiador Heródoto.

Los trescientos, guardia de élite de los reyes de Esparta

LOS GUARDIAS PERSONALES de cada uno de los dos reyes que gobernaban Esparta recibían el nombre de *hippeís*, «caballeros», si bien servían como hoplitas en el centro de la falange junto a su soberano. Este destacamento estaba compuesto por trescientos miembros elegidos mediante una intensa competición. Los candidatos, espartiatas de entre 20 y 29 años, tenían que demostrar su valentía, su destreza con las armas y una excelente preparación física. Pe-



UN HOPLITA GRIEGO ataca a un caballero persa. Escena de un *poliké* ático del siglo V a.C.

ro los seleccionados para luchar en las Termópilas reunían un elemento que les distinguía aún más: eran conscientes de la imposibilidad de vencer al ejército de Jerjes y, por tanto, sabían que acudían a una especie de suicidio colectivo.

EL CÓDIGO DE HONOR inculcado a través de la *agogé*—el sistema de educación espartano—les hacía considerar que no existía nada más vergonzoso que ser señalado como un cobarde, algo que inevitablemente sucedía si se regresaba con vida tras una batalla perdida. En ese caso, al superviviente se le cosían parches de colores en su capa, se le rechazaba en las *sysitia* (comedores comunitarios), se le retiraban sus derechos cívicos y perdía toda esperanza de casarse con la hija de un igual.

DE HECHO, dos de los elegidos por Leónidas, Pantitas y Aristodemo, regresaron con vida por motivos diferentes y ninguno pudo soportar semejante escarnio: el primero se ahorcó nada más llegar a Esparta y el segundo se separó de su falange durante la batalla de Platea, en 479 a. C., para acabar muriendo a manos de los persas. A causa de la certeza de que todos morirían, Leónidas tuvo en cuenta un criterio adicional para la selección de sus trescientos: cada uno de ellos debía contar, como mínimo, con un hijo varón que perpetuara su estirpe.



Leónidas se dirigió a las Termópilas con 300 espartanos, a los que se sumaron guerreros de toda Grecia; con 7.000 hombres debía hacer frente a un ejército de 200.000

a difundirse por toda la Hélade, el rey Leónidas quiso evitar que se repitiera aquella lamentable situación. Las ciudades griegas que se mostraron dispuestas a hacer frente a la invasión persa se reunieron en el templo de Poseidón en Corinto y formularon un juramento religioso vinculante, creando lo que más tarde se conocería como la Liga Helénica. Por desgracia, las *poleis* integrantes de este pacto fueron una exigua minoría. Aun así, parecía lógico adelantarse y esperar a los persas en alguno de los pasos de montaña que éstos debían superar, pues allí residía la única oportunidad de hacerles frente con alguna posibilidad de éxito. Leónidas defendió sus argumentos ante las instituciones espartanas, pero las fiestas carneas se interpusieron de nuevo y sólo pudo conseguir una dispensa especial para llevar consigo a su guardia personal, compuesta por trescientos hoplitas.

Leónidas no sólo planteó aquella misión como un servicio a su ciudad, sino como un acto de entrega de su vida a cambio de una fama imperecedera. En el proceso de la toma

de esa decisión también intervinieron, como era lógico, factores religiosos: se dice que el oráculo de Delfos reveló a una delegación espartana que uno de sus dos reyes debía morir si querían evitar que los persas ocupasen el territorio lacedemonio. Tras escuchar la profecía, Leónidas se aseguró de ser él, el representante de la dinastía agiada, y no Leotíquidas, el rey euripóntida, el elegido por la asamblea para ejercer de víctima propiciatoria. Aquella sería la primera vez que un diarca espartano fallecía en combate.

DOS EJÉRCITOS DESIGUALES

El límite occidental del imperio persa alcanzaba Tracia y Macedonia, que habían sido sometidas por el general Mardonio en 492 a.C., por lo que la primera región que atravesaría Jerjes después de abandonar sus dominios sería Tesalia, donde las aristocracias locales habían tomado la decisión de proporcionarle todas las facilidades. Así pues, parecía evidente que el lugar más idóneo para resistir a los persas y donde los leales griegos tenían algu-



na posibilidad de rechazar al enemigo era el paso de las Termópilas, en el extremo meridional de la región de Tesalia.

Actualmente, cuando alguien viaja en dirección sur por la orilla del golfo Malíaco, frente a la punta noroeste de la isla de Eubea, se encuentra con que el extremo meridional de la cordillera del Pindo, verdadera columna vertebral de Grecia, acaricia ese tramo de costa y deja un exiguo espacio entre el mar y las montañas. Durante la Antigüedad, antes de que los ríos y torrentes colmataran de sedimentos la zona, ese paso era un desfiladero de unos 1.300 metros de longitud en su parte central y una anchura de entre 15 y 30 metros. Leónidas confió en que esa estrechez anularía la abrumadora ventaja numérica de los persas al impedir el despliegue de sus tropas; por otra parte, al contar con un acantilado junto al flanco derecho de las falanges, quedaría eliminado uno de los puntos débiles de los hoplitas —hay que recordar que éstos sostenían su escudo con el brazo izquierdo—. Pero la razón de mayor peso residía en que esa

zona favorecía la estrategia de los griegos, ya que el estrecho que separa la costa norte de Eubea y el continente ofrecía un campo de batalla ideal para que una flota liderada por los atenienses atrajera allí a las naves persas, se enfrentara a ellas en un lugar propicio para las trirremes griegas —más pesadas que sus adversarias— y, a la vez, impidiera que la retaguardia del ejército griego fuera alcanzada.

En pleno verano de 480 a.C., Leónidas y sus trescientos, acompañados por unos mil periecos (habitantes de comunidades semiindependientes del Peloponeso) y otros mil hilotas (siervos) no combatientes, se dirigieron a las Termópilas. Atravesaron primero la parte oriental del Peloponeso, donde se incorporaron unos 4.000 guerreros más, y cruzaron el istmo de Corinto. Luego recorrieron Beocia, región que tan solo aportó un contingente de 400 tebanos —según se cree, opositores a la oligarquía filopersa gobernante en Tebas— y otros 700 procedentes de Tespias. Por último, se unieron al ejército griego unos mil combatientes focideos y locrios opuntios, los

ÉFESO fue una de las doce ciudades jonias que se rebelaron contra Darío I en 499 a.C., lo que provocó las sucesivas expediciones de castigo persas de 491 y 480 a.C. En la imagen, biblioteca de Celso, en Éfeso.

Leónidas, el héroe que alcanzó la inmortalidad

EL HEROICO FINAL de Leónidas fue comparable al de su ascendiente mítico Heracles. Según la tradición, el semidiós murió de forma espectacular en el cercano monte Eta, después de bañarse en una corriente de las Termópilas para sofocar el dolor que le causaba la sangre del centauro Neso con que había sido impregnada su túnica. Por ello, aquellas aguas desprendían desde entonces vapores tóxicos y el lugar recibió el nombre de «Paso Caliente».



ALSA

BATALLA DE LAS TERMÓPILAS. Óleo por Massimo d'Azeglio. 1823. Galería de Arte Moderno, Turín.

También en torno a Leónidas se desarrolló un culto póstumo. Al término de la batalla, cuando Jerjes se halló ante el cadáver del rey espartano, tanta era su cólera que ordenó que le cortaran la cabeza y la clavasen en una estaca. Días después, cuando los persas se hubieron marchado y un grupo de espartanos pudieron acceder al cuerpo de Leónidas, decidieron enterrar allí mismo sus restos, ya descompuestos.

CUARENTA AÑOS MÁS TARDE, Pausanias, uno de los reyes de Esparta, decidió enviar otro destacamento para recuperar los huesos de Leónidas, trasladarlos a su ciudad y honrar al héroe con un funeral de Estado. Se decidió erigir en su honor un monumento funerario cerca de la acrópolis espartana, el llamado Leonidaion, donde se depositaron sus restos. En el recinto se dispuso una estela en la que figuraba el nombre del héroe de las Termópilas y los de los trescientos espartanos caídos junto a él. El Leonidaion serviría desde ese momento como centro ritual de unas nuevas fiestas religiosas anuales en las que se rendiría culto a Leónidas como a un héroe semidivino, dedicándole discursos y celebrando juegos en su honor. De esta forma, tal como pretendió, su acto de inmortalización en la batalla contra los persas permitió a Leónidas alcanzar una gloria equiparable a la de su venerado Heracles.



CORBIS

Rodeados por los persas tras la traición de un lugareño, Leónidas y los espartanos combatieron con un «furor temerario», hasta caer todos abatidos

dos pueblos más amenazados si los persas superaban el paso. En total, Leónidas tuvo a su servicio a unos 7.000 hombres, que debían resistir a un ejército de más de 200.000.

Cuando los guerreros griegos llegaron a las Termópilas acamparon junto a un antiguo muro levantado por los habitantes de Fócide en paralelo a la costa y lo reconstruyeron. Después de varios días de espera —a causa de una tormenta que provocó el naufragio de una parte de la flota persa frente a la costa de Magnesia—, el rey Jerjes envió un último mensaje a Leónidas: «Entrega las armas», pero recibió de éste una respuesta lacónica y contundente: «Ven a por ellas». Se desató entonces una de las batallas más épicas de la historia, que comprendería tres jornadas de intensa lucha.

En su ataque inicial, Jerjes lanzó contra los griegos a los contingentes medos y cisios. Desde el primer choque quedó patente la impresionante superioridad táctica y armamentística de las compactas falanges helenas. En palabras de Heródoto, los nuevos efectivos asiáticos «sustituían a los caídos y no desistían pe-

se a sufrir enormes pérdidas, por lo que evidenciaron ante todo el mundo, y en particular ante el propio monarca, que había muchos combatientes pero pocos soldados». Posteriormente fueron los Inmortales, la guardia personal del rey Jerjes, quienes tomaron la iniciativa, pero la mayor longitud de las lanzas griegas y las maniobras de los lacedemonios hicieron que este contingente persa de élite sufriera la misma suerte. Enfurecido ante el desastre, Jerjes ordenó a su flota que se enfrentara a atenienses y eginetas en el cabo Artemision para intentar desembarcar en la retaguardia del campamento griego; sin embargo, las naves persas no se habían reorganizado tras la tempestad y la batalla naval quedó en una escaramuza que acabó en tablas.

INMOLADOS POR LA LIBERTAD

Acabada la segunda jornada de combates, y cuando más desesperado se encontraba Jerjes ante aquella inopinada resistencia, un lugareño llamado Efiltes comunicó al Gran Rey cómo rodear al ejército griego. Aquella deshon-



rosa traición desencadenó a su vez uno de los gestos que más ilustran al rey Leónidas: su decisión de no querer obligar a sus aliados a participar en aquel suicidio colectivo. Según la versión más admitida por la historiografía, cuando los persas descubrieron la «senda Anopea», que ascendía por la montaña y desembocaba más allá de la retaguardia griega, Leónidas dio permiso a casi todos los soldados griegos para regresar a sus ciudades, considerando acaso que más adelante tendrían ocasión de defender a los suyos.

El rey permaneció en el campo de batalla con los espartiatas que quedaban con vida —aún la mayoría—, con sus periecos, con los sirvientes hilotas y con los guerreros beocios. En la madrugada de la tercera jornada de la batalla de las Termópilas, cuando Leónidas y los suyos supieron de la maniobra envolvente de los persas por la senda Anopea y comprendieron que muy pronto iban a morir, desplegaron contra los bárbaros, según cuenta Heródoto, «todas las energías que les quedaban con un furor temerario. Llegó final-

mente un momento en que la mayoría de ellos tenían ya sus lanzas rotas, pero siguieron abatiendo persas con sus espadas. En el transcurso de esa gloriosa gesta cayó Leónidas, tras una actuación heroica».

Más de 20.000 soldados asiáticos, la mayoría de ellos tropas de élite, cayeron durante los tres días que duró la batalla. Tras la hazaña protagonizada por Leónidas, los griegos constataron la vulnerabilidad del ejército y de la flota de Jerjes, y comenzaron a confiar en sus posibilidades. Sin aquella batalla inspiradora no habría sido posible conseguir, un mes después, la victoria en las aguas de Salamina ni, un año más tarde, la derrota definitiva de la expedición persa en la llanura de Platea. ■

PERSÉPOLIS. En la imagen, la monumental escalinata de la Apadana en el palacio de la capital persa. Tras la derrota naval de Salamina, en 480 a.C., Jerjes retornó a Persia dejando en suelo griego su infantería, que sería vencida en Platea.

PARA SABER MÁS

ENSAYO
Historia. Libro VII.
Heródoto. Gredos.
Madrid, 2008.
Termópilas.
Paul Cartledge.

Editorial Ariel.
Barcelona, 2007.

NOVELA HISTÓRICA
Puertas de fuego.
Steven Pressfield.
Grijalbo, Barcelona, 1999.

El hombre de Esparta.
Antonio Penadés.
Edhasa. Barcelona, 2005.

INTERNET
www.larevelacion.com/historia